



† Rdo. P. JUAN (JANKO) MERNIK

Nació el 1º de marzo de 1914
en Jurik (Eslovenia). Fue ordenado
sacerdote en Ljubljana el 14 de junio de 1944.
Falleció en Ramos Mejía (Argentina)
el 12 de mayo de 1974

Después de casi cuatro años de silencio, dolor e inmovilidad, la muerte del P. Juan nos dice a las claras lo que fue su vida. ¿Quién podía olvidar su capacidad organizativa, sus realizaciones audaces y, sobre todo, su empeño salesiano por los jóvenes? Miles de personas, muchísimas de la colectividad eslovena de Buenos Aires, antiguos oratorianos y socios del Ateneo que él fundara, se sintieron con el deber de decirle el último adiós agradecido. Es que *JUAN MERNIK* es un nombre para ser recordado con alegría y esperanza. Y son éstos los sentimientos que nuestra Comunidad quiere participar a los hermanos salesianos, cooperadores y amigos con los trazos simples de un recordatorio que bien merecería alargarse en biografía.

El feliz oratorio del campo de concentración

Una hermana de María Auxiliadora recordaba: "Para nosotros era como un mundo de ensueño el que nos había hecho el P. Juan". Ese fantasioso mundo infantil era nada menos que el campo de concentración de Vetrinia en la frontera austríaca. Era el año 1945; su creador fue un novel sacerdote salesiano, de cabello oscuro y ojos penetrantes, ágil y nervioso. Esta actividad tan original es la que signa los primeros años de sacerdocio del P. Juan Mernik.

Janko había conocido a Don Bosco a través del Boletín Salesiano que un amigo hacía llegar a sus padres Matías y María Vesnjak. A los doce años salió de su ambiente campesino para estudiar en el Colegio Salesiano de Versej. En Radna cumplirá casi todo el ciclo de su formación religiosa desde la vestición al trienio. Luego vinieron los duros años de la revolución y la guerra. Para él la difícil trayectoria de esa época se abre con una detención en la vieja cartuja de Pleterje; allí lo encerraron los comunistas porque trabajaba para los guerrilleros blancos. Consiguió escapar el 31 de enero de 1943, fiesta de Don Bosco. Poco le quedaba para llegar a la ordenación sacerdotal; pero Janko había comprendido ya que el Sacerdocio era una continuada milicia en favor de los más débiles.

Fue ordenado el 14 de junio de 1944 en Ljubljana. El Obispo ordenante fue Mons. Gregorio Rozman cuya memoria se mantiene fresca todavía entre los católicos eslovenos. Este pastor parece haberle transmitido mucho de su tenacidad sacerdotal. La primera misa fue de difuntos: era el primer signo de su ministerio, pedir por los caídos, familiares y amigos muertos en la guerra.

Después todo fue un torbellino que lo alejó paulatinamente de su tierra natal e hizo del P. Mernik un hombre

INSTITUCION SALESIANA

Inspectoría "San Francisco de Sales"

Colegio Vilfrid Barón

Avda. de Mayo 1902 — Ramos Mejía

Buenos Aires — ARGENTINA

internacional, un sacerdote de amplio corazón sin fronteras. Huyendo con numerosas familias por la montaña Ljubel, lo tomaron prisionero los ingleses. Desde 1945 a 1949 pasó por tres campos de concentración en territorio austríaco, en Vetrinia, Lienz y Spittal. En Vetrinia intuyó que el carisma de Don Bosco lo urgía a la creación de un oratorio. El éxito fue inmenso: consiguió reunir a más de mil chicos. Música, teatro, deportes, juegos y catecismo fueron los elementos de ese mundo maravilloso que surgió como una esperanza en medio de la tristeza de tantas familias que habían perdido su patria. Probablemente nadie sepa explicar nunca cómo hizo para ir consiguiendo todo el material que necesitaba para tan múltiples actividades. Pero una máquina de fotografías, cuyo origen se ignora también, registró cuidadosamente la alegría oratoriana de esos cuatro años.

En la Argentina, también el oratorio

Trece sacerdotes salesianos eslovenos consiguieron del entonces presidente de la Nación, Gral. Juan Domingo Perón, que entraran a la Argentina cinco mil refugiados de Eslovenia. El P. Juan estaba a la cabeza del grupo que llegó al país como a una nueva tierra prometida.

Lo recibió el P. Inspector José Reyneri y le dio como primer destino el Colegio San Juan Evangelista de la Boca. La inquietud del P. Juan lo llevaba de aquí para allá: misas en la isla Maciel, encuentros de eslovenos en San Francisco y el incipiente centro oratoriano de Ramos Mejía. No podía con su genio.

Los eslovenos recuerdan de estos años la infatigable preocupación sacerdotal de este hombre que los dirigía espiritualmente como párroco, al mismo tiempo que se preocupaba por encontrarles casa, trabajo y escuelas para los niños. Fueron muchos de esos niños los que no olvidaron la ejemplar lección del sacerdote: varias religiosas de María Auxiliadora y unos veinte sacerdotes deben el germen inicial de su vocación al P. Juan.

En 1950 se ubica definitivamente en esta casa de Ramos Mejía, donde desarrollará su tarea hasta la muerte. Enseguida comienza a dar clase en la escuela primaria con ese castellano tan esencial pero tan internacionalmente expresivo; lo podía hablar de la misma manera que hablaba el inglés, el italiano o el alemán, además de su idioma materno.

Su gran creación de la década del cincuenta fue el Oratorio Domingo Savio. Cuando vino por aquí el Rector Mayor Don Renato Ziggjotti en 1956 vio con asombro lo que este hombre había logrado organizar en poco tiempo. "Es el mejor oratorio que he visto en todo el mundo salesiano", le dijo. Y el P. Juan sonreía, porque sabía

que todo lo tenía planificado hasta el más mínimo detalle: los campeonatos, la biblioteca, el curso de dactilografía, los juegos de mesa, las kermesses y las rifas, el catecismo, y hasta las estampillas, porque el hobby filatélico del P. Juan se convirtió en el principal recurso económico de su completa organización oratoriana. Le llegaban estampillas de todas partes del mundo como un recuerdo agradecido de miles de eslovenos que desde distintos puntos de la tierra seguían teniendo presente a ese dinámico sacerdote salesiano del campo de concentración.

Y un oratorio más grande para las familias

Había que salvar el gran campo de deportes del Colegio. El P. Ignacio Minervini, inspector en esos momentos, no tuvo que hacer mucho esfuerzo de imaginación para dar con el hombre. En 1962, sin dejar nuestra casa, asumió la responsabilidad de ese lugar de recreación que comenzó a llamarse "Ateneo Familiar Don Bosco". ¿No era un poco audaz su proyecto? Sí, por supuesto, como todos los proyectos anteriores; pero lo logró con pleno éxito. Su objetivo era reunir a las familias en un sano lugar de esparcimiento, hacer un centro familiar de irradiación cultural, social y cristiana, siguiendo las pautas que en ese momento señalaba el Concilio Vaticano II. "Si no hay sacerdotes —decía el P. Juan— lo haremos con laicos". Y se empeñó en la tarea de formar laicos que con una verdadera vocación salesiana asumieran poco a poco la responsabilidad de esta nueva obra. Paulatinamente el Ateneo se fue enriqueciendo de nuevas posibilidades que año tras año eran la sorpresa en la inauguración de las temporadas: portería, capilla, bar, pileta infantil, vestuarios, canchas, biblioteca. Y la activa colonia de verano.

Pero paulatinamente también se desgastaba el organismo de ese hombre admirable que no sabía lo que eran las vacaciones. La diabetes comenzó a hacer los primeros estragos en la vista. Su ceguera progresiva lo preocupaba. Alguien le dijo que en el Viejo Mundo podrían curarlo de su enfermedad. Decidió jugarse la última carta. En Yugoslavia lo esperaban sus familiares; y para allí se fue en 1970. El año anterior había celebrado sus bodas de plata y quería hacer partícipes de este acontecimiento también a quienes lo habían conocido y ayudado en los primeros pasos hacia el altar. En Maribor, en casa de su hermano, un golpe hemipléjico lo paraliza, y allí queda durante más de dos años.

La dolorosa despedida

Si el P. Juan no hubiera sido tan tenaz, no nos habríamos imaginado nunca que lo íbamos a volver a ver en

la Argentina. El 27 de diciembre de 1972 aparece improvisamente; no podía dejar esta tierra en la que había sembrado el esfuerzo más largo de su apostolado sacerdotal. Qué cambiado: casi completamente ciego, paralítico y con un hilo de voz, era apenas reconocible; pero era él. El recibimiento en el "Ateneo Don Bosco" fue memorable, aunque tuvo un toque de tristeza; se parecía más a una despedida. Y así fue.

En los meses siguientes una procesión de amigos y colaboradores fue pasando día a día para dar una palabra de consuelo y ánimo. El P. Juan no podía creerse en ese estado, y se debatía entre el llamado apasionante del trabajo con voces de niños y gritos de jóvenes, y la implacable oscuridad de su ceguera. Todavía quiso tentar la solución sin darse por vencido. A veces un sollozo nos revelaba esta dramática lucha interior; pero nada más que eso, porque su porte mostraba exteriormente una gran dignidad ante el dolor. Con plena lucidez quería que le conversáramos de todo: de la Congregación y de la Iglesia, de los proyectos del Colegio y del Ateneo, de los acontecimientos políticos de la Argentina y el mundo. A él, buen escritor y ávido lector, se le había negado desde hacía tiempo la posibilidad de leer y escribir; pero seguía perfectamente informado de cuanto pasaba.

El 1º de mayo hubo que internarlo urgentemente; su organismo ya se había desgastado con el peso de tan larga dolencia. Prefería quedarse en la casa salesiana; pero aceptó la orden de los médicos. Después de recibir los sacramentos y acompañado por la oración constante de sus amigos de siempre, el domingo 12 de mayo a las 21.15 dejó de existir.

Pero el P. Juan vive para siempre en la casa del Padre. Así lo interpretó la multitud que colmaba nuestro templo parroquial el día de sus exequias. El P. Mernik vive, y queda vivo también entre nosotros el ejemplo de su infatigable actividad sacerdotal con la que supo interpretar la misión de Don Bosco en las peculiares circunstancias de su existencia. El Señor le otorgue el premio merecido.

Wenceslao H. Maldonado
Director

P.D.: La Comunidad Salesiana siente la necesidad de agradecer en manera particular al P. Santiago Salto, al P. Pedro Holowaty, a las familias Outumuro y Luzovec, al Dr. Calixto Pérez Maldonado y a las dos enfermeras que lo atendieron con dedicación y sacrificio.

Ramos Mejía, julio de 1974.